



Insomnia

Texto: **Elena Gimeno**

Ilustración: **Ana Fernández (@Lusaneartisan)**

Naranjas... El espacio se abre, primero borroso: las vigas de madera, el techo, las motas de polvo que vuelan en ese haz de luz amarilla que se cuele por la ventana; la habitación se va perfilando, con sus esquinas y sus colores y también la cocina, los zumos de cada día, el sonido del exprimidor y tu risa, aunque nunca hayan existido al mismo tiempo. Veo tu cara entre los vasos y las tazas del estante. Tu pelo revuelto color ceniza flota en el aire como una nota sostenida en un piano de cola. Es una imagen onírica, pero lo siento todo en mi cuerpo, aún ahora que lo recuerdo por segunda vez. O debería decir que lo vivo.

Es lo que tienen los olores, no podemos sujetarlos al pensamiento. Pero si en un momento te lo cruzas, aparece una persona, un momento, una ciudad entera. La memoria es caprichosa.

Hacia mucho que no pensaba en ti. Hubo un tiempo en que te veía en otras. En todas. En todas partes. Siempre con miedo de encontrarte al doblar una esquina, de no saber qué decirte. No sabía si seguías en Madrid, pero te imaginaba en los lugares que solíamos habitar, en nuestras calles, en nuestros bares, como un espectro omnipresente. Yo los evitaba.

Luego ya no. La gente recuperó su propia identidad. Desconocidos, caminantes. Ruido blanco en la ciudad. Curiosamente es algo que me encanta, pasar desapercibida. Estar sola entre un montón de gente. Ser un punto en el paisaje. Así me siento segura. Por eso me gustan las ciudades grandes. Madrid.

Madrid es genial para eso. Pasear sin rumbo por las calles del centro con música en los auriculares es un placer.

01:51 Pfff... quisiera dormir. Y cuanto más miro el reloj, más seguro es que no dormiré. ¿Cómo voy a dormir hoy? Lo de estar dando vueltas en la cama es horrible. Es curioso, estas sábanas, ahora me doy cuenta. Hoy volví a usar estas sábanas, después de cinco años. ¿La habré llamado con ese pequeño gesto? A veces esas cosas pasan. Es como extender la mano desde algún lugar lejano. El hilo rojo. Tal vez no se rompió nunca.

Verla otro día, eso ha dicho. Entonces las naranjas, todas esas horas de sol, los silencios, cuando ya... El aroma de su pelo, nuestra forma en el sofá, la casa haciéndose cada vez más pequeña, cada vez más pequeña, cada vez más... Pareciera que todo está inconcluso: las frases, los pensamientos, pero no; son como un hilo de araña, laberinto de hormigas, tienes que ver el conjunto para entender.

02:35 Qué lentos pasan los minutos en las noches de insomnio. ¿Quién soy? Un narrador sin voz, sin género y sin nombre. Solo este conjunto de pensamientos que saltan uno encima de otro. ¿Podrá ser esto una historia? Reconstruyamos los pasos.

Ni siquiera pretendía ir al mercado hoy, no me hacía falta nada. Solo estaba deambulando, pensando sin pensar, andando sin, y mis pasos me llevaron solos. El hilo rojo otra vez ¿Será? O será que me gusta ese lugar. Cuando voy bajando por Augusto Figueroa, imposible no extraviarse un ratito del mundo. Subes la escalera mecánica y ya te invaden los olores. Un helado, aunque sea invierno; no, mejor no, que estamos a dieta. Los quesos, un millón de variedades y esas croquetas gourmet del fondo en La Trastienda.

Hmmm..., qué hambre me está entrando. Al final no he cenado. Ojalá estuviera abierto ahora solo para mí. Subiría a tomarme una copa de tinto en la vinoteca, a ver si eso me relajaba un poco —que falta me hace—, y unas gyozas del japo. Luego a la azotea a observar la ciudad desde la invisibilidad de la noche. Y ya que estamos, a echar un vistazo a la

sala de exposiciones, a ver qué tienen ahora. Hace mucho que no voy a ninguna expo.

Eso era lo que pretendía hacer hoy cuando entré al mercado de San Antón. Madre mía, las 04:02. Y entonces booom. Ahí estás. Entre las naranjas, tu voz me saca de mi ensimismamiento y me quito los cascos. Ahí todo se desdibuja. No sé qué canción estaría escuchando. Tampoco importa mucho. La realidad es difícil de recordar. Y en realidad no sé si me acuerdo o me lo estoy inventando. No hay mucha diferencia entre lo uno y lo otro, aunque a estas horas ya no sé ni lo que me digo. Pero sí. Sí. Me has hablado como si fuera ayer todo, tú y yo y el mercado y las naranjas. Y no sé si yo te estaba escuchando. Podrías haber dicho «¿te apetece una cerveza y picar algo?». Así como si nada. Como si todo...

—No, no puedo, tengo prisa.

—Pero si no has comprado nada.

—Es que he quedado con alguien, estaba haciendo tiempo. —Qué excusa más mala. Y entonces:

—¿Nos vemos otro día?

—Claro.

—¿Mañana?

—¿Mañana? Es que trabajo.

Seguro que ha notado mi cara de susto, y además probablemente sabe que no trabajo. Pero está claro que quería verme, porque siempre ha sido un ser nocturno, ella, animal de la noche. Y sin embargo ha dicho, y esto sí lo recuerdo:

—¿A qué hora entras?

—A las nueve.

—Pues quedemos a las ocho a tomar un café y nos ponemos al día.

Black out. No sé qué le he contestado, cómo nos hemos despedido. ¿Me ha dado un beso? Creo que de eso me acordaría, de su olor, del roce de su piel. Pero no, no me acuerdo ¿Un gesto con la mano, tal vez? No lo sé. Todo ha pasado muy deprisa. Intento recordarlo y lo veo como si lo hubiese vivido todo desde afuera. Punto de fuga cenital, 45 grados. Es increíble cómo la mente puede construir, literalmente, recuerdos nuevos, recuerdos de cosas que no se han visto, sencillamente porque la perspectiva de visión nunca

fue esa. Te recuerdas en otro sitio. ¿Por qué ocurrirá eso? ¿Será eso lo que llaman el tercer ojo?

¿Podemos tener una «visión complementaria» de cualquier recuerdo almacenado en la memoria?

05:15 Joder, no voy a dormir nada. Venga, deja de pensar gilipolleces y duérmete.

Me sumerjo involuntariamente en el mar de su mirada. Sus ojos parpadean como estrellas titilantes en el vacío infinito; su calor se apagó hace mucho tiempo, pero su luz me llega ahora y me abrasa. Me está llamando, ¿desde dónde?, desde mi sueño o desde el suyo. Pero no, no es un sueño, no puedo dormir, porque si cierro los ojos la veo.

Vértigo. ¿Qué pasa? Un café. Mañana. Mañana es hoy, es dentro de un rato, es ya. Son las seis y no he dormido nada. Imposible dormir. Todo está volviendo: los silencios, las naranjas, la escalera vertical y los tejados de Madrid. Todo está brumoso, el stand by me en la plaza de abajo, qué calor, abre la ventana, Dios, qué frío, corre, métete en la cama, (siempre la cama); tu voz de niña que tal vez solo yo conociera. Y la fiera. Palabras que cortaban como cuchillos, las noches en vela, el aliento de tu boca cuando susurrabas mi nombre al oído... ¿Te acuerdas tú de todo eso?

Han sido las naranjas, yo ya no me acordaba, pero ahora todo ha vuelto, y... Tomar un café. Mañana. Hoy. Ahora. ■